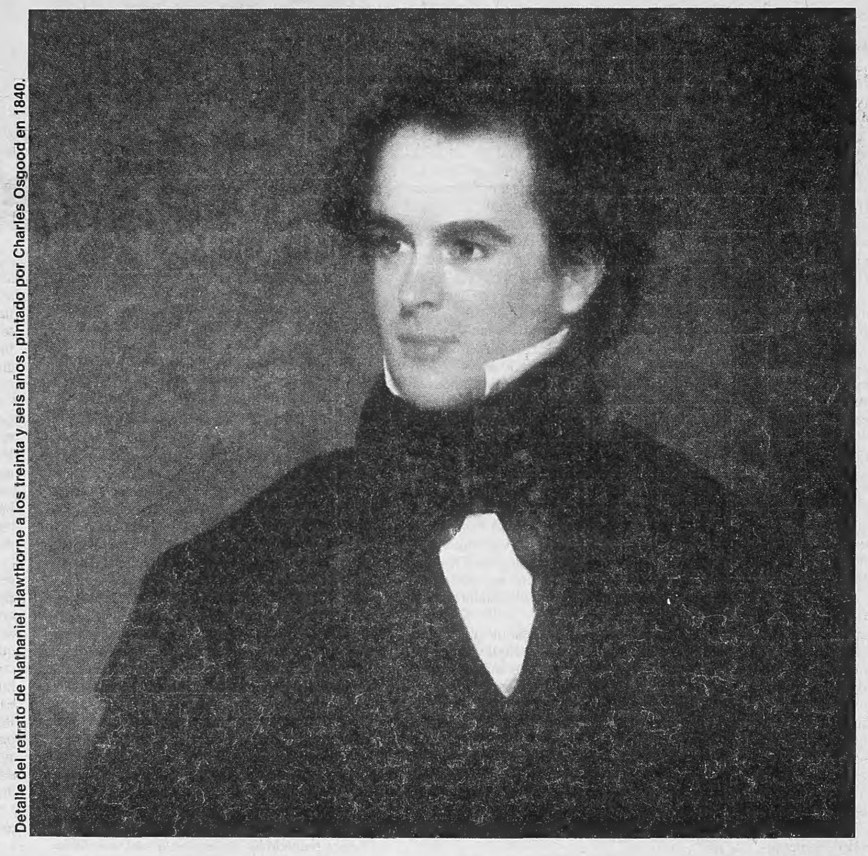
nathaniel hawthorne


Detalle del retrato de Nathaniel Hawthorne a los treinta y seis años, pintado por Charles Osgood en 1840.

Aunque no hubiese escrito nada, Nathaniel Hawthorne tendría al menos una nota al pie en la historia de la literatura norteamericana: Herman Melville le dedicó *Moby Dick,* durante un par de años vivió en Brook Farm, experimento comunitario al que estuvieron ligados Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau, y fue amigo de Henry Wadsworth Longfellow. Envidiando quizá la turbulenta juventud de Melville o la de su propio padre, también marino, Hawthorne solía quejarse de que su vida le proporcionaba pocos materiales para la ficción. Esa supuesta carencia, sin embargo, fue tan buena para él como el hecho de haber frecuentado a los mejores intelectuales de la época. Por ella Hawthorne tuvo que concentrarse en la psicología de los personajes y en temas como la culpa y la hipocresía, lo que lo convierte en precursor de Henry James; por ella fusionó lo cotidiano y lo maravilloso de un modo que anticipa a Stephen King.

Hawthorne nació en Salem, Massachusetts, en 1804. Era descendiente directo de John Hathorne, uno de los responsables de la caza de brujas de 1692, y en sus libros más famosos, *Historias dos veces contadas* (1837), *La letra escarlata* (1850) y *La casa de los siete gabletes* (1851), se nota cuánto lo obsesionaban la herencia del puritarismo y el maligno influjo del pasado sobre el presente. Cuando su viejo amigo Franklin Pierce accedió a la presidencia, Hawthorne fue nombrado cónsul en Gran Bretaña, y luego de su servicio allí pasó a Italia, donde escribió *El fauno de mármol* (1860), la primera novela norteamericana en retratar las diferencias culturales entre el nuevo mundo y el viejo. Murió en Concord en 1864. Buena parte de la literatura de Estados Unidos es hoy una nota al pie a sus obras. ■

Por Nathaniel Hawthorne

el velo ne
del pas

En el porche del templo de Milford el sacristán sujetaba con vigor la cuerda de la campana. Por la calle venían, encorvados, los viejos del pueblo. Los niños, con sus caras radiantes, marchaban retozando al lado de sus padres o afectaban andares más solemnes, conscientes de la dignidad que les infundían sus atuendos domingueros. Acicalados jóvenes solteros dirigían miradas de reojo a las lindas muchachas de la aldea; se les hacía que a la luz del día de descanso eran más bellas que durante la semana. Cuando la mayor parte de la concurrencia se había congregado en el porche, el sacristán empezó a tañer la campana sin quitar los ojos de la puerta del reverendo Sr. Hooper. El primer atisbo de la figura del clérigo sirvió para que la campana dejara de llamar.

–¿Pero qué lleva puesto en la cara el buen párroco Hopper? –exclamó el sacristán, estupefacto.

Los que alcanzaron a escucharlo se volvieron y contemplaron la figura del Sr. Hooper, que caminaba lentamente, en su actitud meditativa, con dirección al templo. Todos a una se sobresaltaron, manifestando más asombro del que les habría producido un pastor forastero que viniera a desempolvar los cojines del púlpito del Sr. Hooper.

–¿Está seguro de que es nuestro párroco? –preguntó Goodman Gray al sacristán.

–Con toda certeza es el buen señor Hooper –replicó éste–. Iba a cambiar el púlpito con el párroco Shute, de Westbury. Pero el párroco Shute mandó a excusarse ayer, porque tenía que pronunciar un sermón en unos funerales.

La causa de tanta sorpresa podría parecer bastante nimia. El Sr. Hooper, de porte caballeroso y de unos treinta años de edad, aunque soltero todavía, iba vestido con la debida pulcritud clerical, como si una esposa solícita hubiera almidonado el alzacuello y cepillado el polvo de la semana de sus ropas dominicales. Sólo había una cosa notable en su apariencia: ciñéndole la frente y colgando delante de su cara, tan bajo que su respiración lo sacudía, el Sr. Hooper llevaba puesto un velo negro. Visto más de cerca, éste parecía consistir en dos pliegues de crespón que ocultaban sus rasgos por completo, salvo la boca y la barbilla, pero que probablemente no le interceptaban la visión más que para prestar un aspecto sombrío a todas las cosas, vivas e inanimadas. Con esta lúgubre pantalla por delante, el pastor Hooper avanzaba sosegadamente, agachándose un poco y mirando hacia el suelo, como acostumbraban los hombres abstraídos, y sin embargo saludando amablemente con la cabeza a los feligreses que todavía aguardaban en las gradas del templo. Pero todos se hallaban tan pasmados que apenas contestaron su saludo. –Yo de veras no puedo imaginarme que la cara del señor Hooper esté detrás de ese pedazo de crespón –dijo el sacristán.

–No me gusta –dijo entre dientes una vieja mientras entraba renqueando en el templo–. Se ha convertido en algo horrible tan sólo con esconder el rostro.

–¡Nuestro párroco se ha vuelto loco! –exclamó Goodman Gray, siguiéndolo a través del umbral.

El rumor de que algo inexplicable sucedía había precedido al Sr. Hooper en el templo y había alborotado a los fieles. Pocos pudieron reprimirse de volver la cabeza hacia la puerta: muchos se levantaron de sus sitios y lo encararon de una vez, mientras que varios niños se encaramaron en los bancos y bajaron de nuevo con un tremendo estrépito. Se produjo un tumulto general, un crujir de los trajes de las damas y un restregar de los pies de los hombres, en gran contraste con el silencio que debería imponer la entrada del pastor. Pero el Sr. Hooper parecía no darse cuenta de la perturbación de su grey. Hizo su entrada con paso inaudible, inclinó mansamente la cabeza hacia los bancos que había a lado y lado e hizo una reverencia al pasar frente al más anciano de sus feligreses, un bisabuelo de cabellos blancos que ocupaba un sillón en medio de la nave. Era curioso observar la lentitud con que este hombre venerable fue percatándose de que había algo raro en el aspecto del pastor. No pareció participar del todo en el asombro colectivo hasta que el Sr. Hooper subió los peldaños y se mostró en el púlpito, cara a cara con su congregación de no ser por el velo negro. Ni una vez fue removido el misterioso emblema. Tremolaba con su rítmico aliento mientras entonó el salmo; proyectaba su sombra entre él y la página sagrada mientras leyó las escrituras; y mientras él rezaba, caía con pesadez sobre su rostro levantado al cielo. ¿Quería ocultarlo del terrible Ser a quien se dirigía?

Tal era el efecto de este sencillo retazo de crespón que más de una mujer de nervios delicados se vio obligada a salir del recinto. Pero quizá la visión de la pálida asamblea aterraba al pastor casi tanto como su velo negro los aterraba a ellos.

El Sr. Hooper tenía fama de ser un buen predicador, aunque no vigoroso. Procuraba ganarse a su gente para el cielo mediante influencias benignas y persuasivas, en vez de conducirlos allí mediante las fulminaciones del Verbo. El sermón que ahora pronunciaba revestía las habituales características de género y estilo de su oratoria sagrada. Pero había algo, ya fuera en el sentimiento de la prédica, ya en la imaginación de sus oyentes, que con mucho hizo de éste el discurso más impresionante que hasta ese día habían escuchado de labios del pastor. Estaba teñido, más hondamente que de costumbre, de la suave melancolía del temperamento del Sr. Hooper. El tema hacía referencia al pecado secreto y a esos tristes misterios que ocultamos a los seres más cercanos y queridos, y que de buena gana ocultaríamos a nuestra propia conciencia, olvidando incluso que el Omnisciente puede adivinarlos. Las palabras brotaban alentadas por un poder sutil. Cada miembro de la congregación, la niña más inocente y el hombre de corazón endurecido, sentía como si el predicador, detrás de ese velo atroz, se le hubiera acercado inadvertidamente y hubiera descubierto la iniquidad que había acumulado en pensamientos y obras. Muchos se agarraban el pecho con la mano. No había nada terrible en lo que decía el Sr. Hooper, al menos no había violencia. No obstante, con cada vibración de su voz melancólica temblaban los oyentes. Un patetismo no buscado llegaba de la mano del sobrecogimiento. Tanto se daban cuenta los presentes de que el pastor exhibía un atributo insospechado, que deseaban con ansias un soplo de viento que le apartara el velo, casi seguros de que aparecería la cara de un extraño, así la forma, voz y gestos fueran los del Sr. Hooper.

Al terminar el oficio divino la gente se apresuró a salir en un tropel indecoroso, ávidos todos de comunicarse el asombro represado y sintiendo cierto alivio en el espíritu desde el momento en que perdían de vista el velo negro. Algunos se apiñaron en pequeños círculos, todas las bocas cuchicheando en el centro; otros se dirigieron solos a sus casas, absortos en silenciosa meditación; otros hablaban en voz alta y profanaron el día santo con sus carcajadas. Unos pocos meneaban sagazmente la cabeza, dando a entender que podían comprender el misterio, mientras que uno o dos afirmaron que no había ningún misterio en absoluto, que todo se reducía a que la lámpara nocturna había debilitado tanto los ojos del Sr. Hooper que ahora necesitaba protegerlos. Tras un breve intervalo también salió el bueno de Hooper detrás de su rebaño. Volviendo el rostro velado de un grupo a otro, pagó los respetos debidos a las cabezas canas, saludó a los mayores con la amable dignidad del amigo y guía espiritual y a los jóvenes con una mezcla de autoridad y amor, y puso sus manos sobre las cabezas de los niños para bendecirlas. Esta era siempre su costumbre los domingos. Su cortesía recibió el pago de miradas extrañas y azoradas. Ninguno, a diferencia de otras ocasiones, aspiró al honor de caminar al lado del pastor. El viejo hacendado Saunders, sin duda a causa de una falla de la memoria, se olvidó de convidar al Sr. Hooper a su mesa, en donde el buen clérigo solía bendecir el pan casi todos los domingos desde que había llegado al pueblo. Por lo tanto, éste regresó a la rectoría y, en el momento de cerrar la puerta, se vio que se volvía a mirar a sus fieles, que a su vez tenían puestos en él los ojos. Una triste sonrisa asomó detrás del velo negro, tembló en su boca y dio un débil destello antes de que la puerta lo ocultara.

–¡Qué raro –comentó una señora– que un simple velo negro, igual al que cualquier mujer llevaría en la cofia, se convierta en una cosa tan terrible sobre la cara del señor Hooper!

–Seguramente algo anda mal en la cabeza del Sr. Hooper –observó su marido, el médico del pueblo–. Pero lo más extraño del caso es el efecto de esta extravagancia, incluso en un hombre tan desapasionado como yo. El velo negro, si bien cubre tan sólo la cara de nuestro pastor, esparce su influencia sobre la persona entera y le da un aire fantasmal de la cabeza a los pies. ¿No lo sientes así?

–Ciertamente –contestó la dama–. Y no me quedaría sola con él por nada en el mundo. Me pregunto si no tendrá miedo de estar a solas consigo mismo.

–Los hombres a veces tienen ese miedo –dijo el marido.

El oficio vespertino tuvo lugar en circunstancias similares. Al terminar, la campana dobló por el funeral de una joven. Los parientes y amigos estaban reunidos en la casa y los menos allegados se hallaban junto a la puerta ponderando las buenas cualidades de la muerta, cuando su charla se vio interrumpida por la aparición del Sr. Hooper, todavía cubierto con el velo negro. Ahora era un emblema apropiado. El clérigo entró en la habitación donde yacía el cadáver y se inclinó sobre el ataúd para darle el último adiós a su difunta feligresa. Al agacharse, el velo quedó colgando verticalmente de su frente, de modo que si sus párpados no se hubieran cerrado para siempre la muerta habría podido verle el rostro. ¿Le temía a su mirada el pastor Hooper, y por esta razón se apresuró a sujetarse el velo negro? Alguien que presenció la entrevista entre el vivo y la muerta no tuvo escrúpulos para afirmar que en el instante en que se descubrieron las facciones del clérigo el cadáver había tiritado levemente y había hecho crujir la mortaja y la gorra de muselina, aunque su expresión mantuvo la compostura de la muerte. Una vieja supersticiosa fue la única testigo de este prodigio. De la cámara mortuoria el Sr. Hooper pasó a la habitación donde estaban los deudos, y de allí a la parte alta de la escalera, con el fin de rezar la oración fúnebre. Fue una tierna plegaria que encogía el corazón, llena de congoja y, pese a ello, tan impregnada de esperanzas gloriosas que la música de un arpa celestial, pulsada por los dedos de la muerta, parecía oírse entre los más tristes acentos del pastor. Las personas temblaban, aunque apenas podían entenderle, cuando pidió que ellos, y él mismo, y la raza mortal, estuvieran preparados, como esperaba que lo hubiera estado esta joven doncella, en la hora pavorosa que habría de arrebatarles el velo de sus caras. El cortejo funerario partió siguiendo el paso fatigoso de los portadores del féretro; entristecían la calle entera, la difunta adelante y cerrando la marcha el pastor Hooper con el velo negro.

–¿Por qué miras atrás? –preguntó a su compañera uno de los de la procesión.

–Se me ocurrió –contestó ella– que el pastor y el espíritu de la muchacha caminaban tomados de la mano.

–Me pareció lo mismo, justo en el mismo instante –dijo el otro.

Esa noche se iba a unir en matrimonio la pareja más bella de la aldea. Aunque pasaba por ser un hombre melancólico, en estas ocasiones el Sr. Hooper exhibía cierta alegría plácida que, allí donde no era bien vista una forma más viva de alborozo, a menudo les hacía esbozar una sonrisa cariñosa a los presentes. Ninguna otra cualidad de su temperamento lo hacía tan querido como ésta. Los asistentes a la boda aguardaban impacientes su llegada, en la esperanza de que se hubiera disipado el singular horror que durante el día se había ido condensando sobre su persona. Pero esto no había sucedido. Cuando llegó el Sr. Hooper, lo primero que los ojos de todos percibieron fue aquel espantoso velo negro, gracias al cual el funeral fue aún más tétrico y que no presagiaba otra cosa que males para el matrimonio. Fue tal el efecto inmediato sobre los invitados, que una nube negruzca pareció emerger por detrás del crespón, enturbiando la luz de las bujías. Los prometidos se habían colocado de pie frente al pastor. Pero los dedos fríos de la novia temblaban en la mano temblorosa de su novio y su palidez cadavérica hizo correr el rumor de que la joven sepultada horas antes había venido de la tumba a desposarse. Si alguna vez hubo una boda más funesta, fue aquella famosa en la que las campanas doblaron a muerto (1). Tras celebrar la ceremonia, el Sr. Hooper fue a llevarse a los labios una copa de vino, deseándoles dicha a los recién casados en un tono de suave afabilidad que debería haber iluminado los rostros de la concurrencia como un chispazo alegre del fuego del hogar. En ese instante alcanzó a vislumbrar su figura en el espejo y el velo negro lo sumió en el horror con que sobrecogía a los demás. Se estremeció su cuerpo, huyó la sangre de sus labios, derramó en la alfombra el vino sin probarlo y se precipitó a salir a las tinieblas. Pues la tierra también se había cubierto con su velo negro.

Al día siguiente, en la aldea de Milford casi no se hablaba de otra cosa que del velo negro del párroco Hooper. Este, y el misterio que entrañaba, eran materia de discusión entre los conocidos que se encontraban por la calle y entre las comadres que chismeaban de ventana a ventana. Era la primera noticia que el posadero suministraba a sus huéspedes. Los niños parloteaban sobre el tema camino de la escuela y a uno de ellos, a un diablillo remedón, se le ocurrió cubrirse la cara con un pañuelo negro, asustando con ello de tal modo a sus compañeros de juegos que el pánico se apoderó también de él y casi pierde el juicio por su propia bufonada.

Lo curioso era que entre todas las personas entrometidas e impertinentes de la parroquia ninguna se atreviera a preguntarle directamente al Sr. Hooper por la razón de su conducta. Hasta ese día, siempre que surgía la mínima oportunidad para tales intromisiones, a él nunca le habían faltado consejeros ni se había mostrado contrario a dejarse guiar por sus criterios. Si en algo erraba, era por un grado de desconfianza en sí mismo tan agudo, que bastaba la más leve censura para que considerara como un crimen cualquier acto suyo, por lo demás indiferente. Empero, aunque bien enterados de este amable defecto, ni uno solo de sus fieles decidió hacer del velo negro el motivo de una recriminación amistosa. Imperaba un sentimiento de temor, no declarado abiertamente ni disimulado con cautela, que hacía que cada uno descargara la responsabilidad en alguien más, hasta que al fin pareció conveniente enviar una delegación de la Iglesia para que tratara con el Sr. Hoo-

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresá
Nathaniel Hawthorne. Se reproduce aquí por gentileza de Tesis Norma.

Por Nathaniel Hawthorne

El velo negro del pastor

En el porche del templo de Milford el sacristán sujetaba con vigor la cuerda de la campana. Por la calle venían, encorvados, los viejos del pueblo. Los niños, con sus caras radiantes, marchaban retozando al lado de sus padres o afectaban andares más solemnes, conscientes de la dignidad que les infundían sus atuendos domingueros. Acicalados jóvenes solteros dirigían miradas de reojo a las lindas muchachas de la aldea; se les hacía que a la luz del día de descanso eran más bellas que durante la semana. Cuando la mayor parte de la concurrencia se había congregado en el porche, el sacristán empezó a tañer la campana sin quitar los ojos de la puerta del reverendo Sr. Hooper. El primer atisbo de la figura del clérigo sirvió para que la campana dejara de llamar.

–¿Pero qué lleva puesto en la cara el buen párroco Hopper? –exclamó el sacristán, estupefacto.

Los que alcanzaron a escucharlo se volvieron y contemplaron la figura del Sr. Hooper, que caminaba lentamente, en su actitud meditativa, con dirección al templo. Todos a una se sobresaltaron, manifestando más asombro del que les habría producido un pastor forastero que viniera a desempolvar los cojines del púlpito del Sr. Hooper.

–¿Está seguro de que es nuestro párroco? –preguntó Goodman Gray al sacristán.

–Con toda certeza es el buen señor Hooper –replicó éste–. Iba a cambiar el púlpito con el párroco Shute, de Westbury. Pero el párroco Shute mandó a excusarse ayer, porque tenía que pronunciar un sermón en unos funerales.

La causa de tanta sorpresa podría parecer bastante nimia. El Sr. Hooper, de porte caballeroso y de unos treinta años de edad, aunque soltero todavía, iba vestido con la debida pulcritud clerical, como si una esposa solícita hubiera almidonado el alzacuello y cepillado el polvo de la semana de sus ropas dominicales. Sólo había una cosa notable en su apariencia: ciñéndole la frente y colgando delante de su cara, tan bajo que su respiración lo sacudía, el Sr. Hooper llevaba puesto un velo negro. Visto más de cerca, éste parecía consistir en dos pliegues de crespón que ocultaban sus rasgos por completo, salvo la boca y la barbilla, pero que probablemente no le interceptaban la visión más que para prestar un aspecto sombrío a todas las cosas, vivas e inanimadas. Con esta lúgubre pantalla por delante, el pastor Hooper avanzaba sosegadamente, agachándose un poco y mirando hacia el suelo, como acostumbraban los hombres abstraídos, y sin embargo saludando amablemente con la cabeza a los feligreses que todavía aguardaban en las gradas del templo. Pero todos se hallaban tan pasmados que apenas contestaron su saludo. –Yo de veras no puedo imaginarme que la cara del señor Hooper esté detrás de ese pedazo de crespón –dijo el sacristán.

–No me gusta –dijo entre dientes una vieja mientras entraba renqueando en el templo–. Se ha convertido en algo horrible tan sólo con esconder el rostro.

–¡Nuestro párroco se ha vuelto loco! –exclamó Goodman Gray, siguiéndolo a través del umbral.

El rumor de que algo inexplicable sucedía había precedido al Sr. Hooper en el templo y había alborotado a los fieles. Pocos pudieron reprimirse de volver la cabeza hacia la puerta: muchos se levantaron de sus sitios y lo encararon de una vez, mientras que varios niños se encaramaron en los bancos y bajaron de nuevo con un tremendo estrépito. Se produjo un tumulto general, un crujir de los trajes de las damas y un restregar de los pies de los hombres, en gran contraste con el silencio que debería imponer la entrada del pastor. Pero el Sr. Hooper parecía no darse cuenta de la perturbación de su grey. Hizo su entrada con paso inaudible, inclinó mansamente la cabeza hacia los bancos que había a lado y lado e hizo una reverencia al pasar frente al más anciano de sus feligreses, un bisabuelo de cabellos blancos que ocupaba un sillón en medio de la nave. Era curioso observar la lentitud con que este hombre venerable fue percatándose de que había algo raro en el aspecto del pastor. No pareció participar del todo en el asombro colectivo hasta que el Sr. Hooper subió los peldaños y se mostró en el púlpito, cara a cara con su congregación de no ser por el velo negro. Ni una vez fue removido el misterioso emblema. Tremolaba con su rítmico aliento mientras entonó el salmo; proyectaba su sombra entre él y la página sagrada mientras leyó las escrituras; y mientras él rezaba, caía con pesadez sobre su rostro levantado al cielo. ¿Quería ocultarlo del terrible Ser a quien se dirigía?

Tal era el efecto de este sencillo retazo de crespón que más de una mujer de nervios delicados se vio obligada a salir del recinto. Pero quizá la visión de la pálida asamblea aterraba al pastor casi tanto como su velo negro los aterraba a ellos.

El Sr. Hooper tenía fama de ser un buen predicador, aunque no vigoroso. Procuraba ganarse a su gente para el cielo mediante influencias benignas y persuasivas, en vez de conducirlos allí mediante las fulminaciones del Verbo. El sermón que ahora pronunciaba revestía las habituales características de género y estilo de su oratoria sagrada. Pero había algo, ya fuera en el sentimiento de la prédica, ya en la imaginación de sus oyentes, que con mucho hizo de éste el discurso más impresionante que hasta ese día habían escuchado de labios del pastor. Estaba teñido, más hondamente que de costumbre, de la suave melancolía del temperamento del Sr. Hooper. El tema hacía referencia al pecado secreto y a esos tristes misterios que ocultamos a los seres más cercanos y queridos, y que de buena gana ocultaríamos a nuestra propia conciencia, olvidando incluso que el Omnisciente puede adivinarlos. Las palabras brotaban alentadas por un poder sutil. Cada miembro de la congregación, la niña más inocente y el hombre de corazón endurecido, sentía como si el predicador, detrás de ese velo atroz, se le hubiera acercado inadvertidamente y hubiera descubierto la iniquidad que había acumulado en pensamientos y obras. Muchos se agarraban el pecho con la mano. No había nada terrible en lo que decía el Sr. Hooper, al menos no había violencia. No obstante, con cada vibración de su voz melancólica temblaban los oyentes. Un patetismo no buscado llegaba de la mano del sobrecogimiento. Tanto se daban cuenta los presentes de que el pastor exhibía un atributo insospechado, que deseaban con ansias un soplo de viento que le apartara el velo, casi seguros de que aparecería la cara de un extraño, así la forma, voz y gestos fueran los del Sr. Hooper.

Al terminar el oficio divino la gente se apresuró a salir en un tropel indecoroso, ávidos todos de comunicarse el asombro represado y sintiendo cierto alivio en el espíritu desde el momento en que perdían de vista el velo negro. Algunos se apiñaron en pequeños círculos, todas las bocas cuchicheando en el centro; otros se dirigieron solos a sus casas, absortos en silenciosa meditación; otros hablaban en voz alta y profanaron el día santo con sus carcajadas. Unos pocos meneaban sagazmente la cabeza, dando a entender que podían comprender el misterio, mientras que uno o dos afirmaron que no había ningún misterio en absoluto, que todo se reducía a que la lámpara nocturna había debilitado tanto los ojos del Sr. Hooper que ahora necesitaba protegerlos. Tras un breve intervalo también salió el bueno de Hooper detrás de su rebaño. Volviendo el rostro velado de un grupo a otro, pagó los respetos debidos a las cabezas canas, saludó a los mayores con la amable dignidad del amigo y guía espiritual y a los jóvenes con una mezcla de autoridad y amor, y puso sus manos sobre las cabezas de los niños para bendecirlas. Esta era siempre su costumbre los domingos. Su cortesía recibió el pago de miradas extrañas y azoradas. Ninguno, a diferencia de otras ocasiones, aspiró al honor de caminar al lado del pastor. El viejo hacendado Saunders, sin duda a causa de una falla de la memoria, se olvidó de convidar al Sr. Hooper a su mesa, en donde el buen clérigo solía bendecir el pan casi todos los domingos desde que había llegado al pueblo. Por lo tanto, éste regresó a la rectoría y, en el momento de cerrar la puerta, se vio que se volvía a mirar a sus fieles, que a su vez tenían puestos en él los ojos. Una triste sonrisa asomó detrás del velo negro, tembló en su boca y dio un débil destello antes de que la puerta lo ocultara.

–¡Qué raro –comentó una señora– que un simple velo negro, igual al que cualquier mujer llevaría en la cofia, se convierta en una cosa tan terrible sobre la cara del señor Hooper!

–Seguramente algo anda mal en la cabeza del Sr. Hooper –observó su marido, el médico del pueblo–. Pero lo más extraño del caso es el efecto de esta extravagancia, incluso en un hombre tan desapasionado como yo. El velo negro, si bien cubre tan sólo la cara de nuestro pastor, esparce su influencia sobre la persona entera y le da un aire fantasmal de la cabeza a los pies. ¿No lo sientes así?

–Ciertamente –contestó la dama–. Y no me quedaría sola con él por nada en el mundo. Me pregunto si no tendrá miedo de estar a solas consigo mismo.

–Los hombres a veces tienen ese miedo –dijo el marido.

El oficio vespertino tuvo lugar en circunstancias similares. Al terminar, la campana dobló por el funeral de una joven. Los parientes y amigos estaban reunidos en la casa y los menos allegados se hallaban junto a la puerta ponderando las buenas cualidades de la muerta, cuando su charla se vio interrumpida por la aparición del Sr. Hooper, todavía cubierto con el velo negro. Ahora era un emblema apropiado. El clérigo entró en la habitación donde yacía el cadáver y se inclinó sobre el ataúd para darle el último adiós a su difunta feligresa. Al agacharse, el velo quedó colgando verticalmente de su frente, de modo que si sus párpados no se hubieran cerrado para siempre la muerta habría podido verle el rostro. ¿Le temía a su mirada el pastor Hooper, y por esta razón se apresuró a sujetarse el velo negro? Alguien que presenció la entrevista entre el vivo y la muerta no tuvo escrúpulos para afirmar que en el instante en que se descubrieron las facciones del clérigo el cadáver había tiritado levemente y había hecho crujir la mortaja y la gorra de muselina, aunque su expresión mantuvo la compostura de la muerte. Una vieja supersticiosa fue la única testigo de este prodigio. De la cámara mortuoria el Sr. Hooper pasó a la habitación donde estaban los deudos, y de allí a la parte alta de la escalera, con el fin de rezar la oración fúnebre. Fue una tierna plegaria que encogía el corazón, llena de congoja y, pese a ello, tan impregnada de esperanzas gloriosas que la música de un arpa celestial, pulsada por los dedos de la muerta, parecía oírse entre los más tristes acentos del pastor. Las personas temblaban, aunque apenas podían entenderle, cuando pidió que ellos, y él mismo, y la raza mortal, estuvieran preparados, como esperaba que lo hubiera estado esta joven doncella, en la hora pavorosa que habría de arrebatarles el velo de sus caras. El cortejo funerario partió siguiendo el paso fatigoso de los portadores del féretro; entristecían la calle entera, la difunta adelante y cerrando la marcha el pastor Hooper con el velo negro.

–¿Por qué miras atrás? –preguntó a su compañera uno de los de la procesión.

–Se me ocurrió –contestó ella– que el pastor y el espíritu de la muchacha caminaban tomados de la mano.

–Me pareció lo mismo, justo en el mismo instante –dijo el otro.

Esa noche se iba a unir en matrimonio la pareja más bella de la aldea. Aunque pasaba por ser un hombre melancólico, en estas ocasiones el Sr. Hooper exhibía cierta alegría plácida que, allí donde no era bien vista una forma más viva de alborozo, a menudo les hacía esbozar una sonrisa cariñosa a los presentes. Ninguna otra cualidad de su temperamento lo hacía tan querido como ésta. Los asistentes a la boda aguardaban impacientes su llegada, en la esperanza de que se hubiera disipado el singular horror que durante el día se había ido condensando sobre su persona. Pero esto no había sucedido. Cuando llegó el Sr. Hooper, lo primero que los ojos de todos percibieron fue aquel espantoso velo negro, gracias al cual el funeral fue aún más tétrico y que no presagiaba otra cosa que males para el matrimonio. Fue tal el efecto inmediato sobre los invitados, que una nube negruzca pareció emerger por detrás del crespón, enturbiando la luz de las bujías. Los prometidos se habían colocado de pie frente al pastor. Pero los dedos fríos de la novia temblaban en la mano temblorosa de su novio y su palidez cadavérica hizo correr el rumor de que la joven sepultada horas antes había venido de la tumba a desposarse. Si alguna vez hubo una boda más funesta, fue aquella famosa en la que las campanas doblaron a muerto (1). Tras celebrar la ceremonia, el Sr. Hooper fue a llevarse a los labios una copa de vino, deseándoles dicha a los recién casados en un tono de suave afabilidad que debería haber iluminado los rostros de la concurrencia como un chispazo alegre del fuego del hogar. En ese instante alcanzó a vislumbrar su figura en el espejo y el velo negro lo sumió en el horror con que sobrecogía a los demás. Se estremeció su cuerpo, huyó la sangre de sus labios, derramó en la alfombra el vino sin probarlo y se precipitó a salir a las tinieblas. Pues la tierra también se había cubierto con su velo negro.

Al día siguiente, en la aldea de Milford casi no se hablaba de otra cosa que del velo negro del párroco Hooper. Este, y el misterio que entrañaba, eran materia de discusión entre los conocidos que se encontraban por la calle y entre las comadres que chismeaban de ventana a ventana. Era la primera noticia que el posadero suministraba a sus huéspedes. Los niños parloteaban sobre el tema camino de la escuela y a uno de ellos, a un diablillo remedón, se le ocurrió cubrirse la cara con un pañuelo negro, asustando con ello de tal modo a sus compañeros de juegos que el pánico se apoderó también de él y casi pierde el juicio por su propia bufonada.

Lo curioso era que entre todas las personas entrometidas e impertinentes de la parroquia ninguna se atreviera a preguntarle directamente al Sr. Hooper por la razón de su conducta. Hasta ese día, siempre que surgía la mínima oportunidad para tales intromisiones, a él nunca le habían faltado consejeros ni se había mostrado contrario a dejarse guiar por sus criterios. Si en algo erraba, era por un grado de desconfianza en sí mismo tan agudo, que bastaba la más leve censura para que considerara como un crimen cualquier acto suyo, por lo demás indiferente. Empero, aunque bien enterados de este amable defecto, ni uno solo de sus fieles decidió hacer del velo negro el motivo de una recriminación amistosa. Imperaba un sentimiento de temor, no declarado abiertamente ni disimulado con cautela, que hacía que cada uno descargara la responsabilidad en alguien más, hasta que al fin pareció conveniente enviar una delegación de la Iglesia para que tratara con el Sr. Hooper sobre el misterio, antes de que se convirtiera en un escándalo. Jamás una embajada desempeñó tan torpemente sus funciones. El pastor los recibió con amistosa cortesía, pero permaneció callado una vez se sentaron, dejando a los visitantes todo el peso de presentar el importante asunto que los había traído. El tema, podía suponerse, era bastante obvio. Ahí estaba el velo negro, ceñido a la frente del Sr. Hooper y cubriéndole todas las facciones por encima de la boca apacible, en la que a ratos podían percibir el centelleo de una sonrisa melancólica. En la imaginación les parecía que aquella gasa colgaba frente al corazón del ministro, símbolo de un terrible secreto que se interponía entre él y ellos. Si apartara el velo podrían hablar de él con libertad, pero sólo en tal caso. Así permanecieron sentados durante largo rato, mudos, confundidos y retrayéndose incómodos de los ojos del Sr. Hooper, que sentían fijos en ellos con una mirada invisible. Finalmente los delegados regresaron avergonzados ante sus electores y declararon el asunto demasiado grave para su competencia, por lo que debería ser tratado sólo por un concilio de las iglesias, si es que no requería de un sínodo general.

Pero en el pueblo había una persona que no se había visto afectada por el miedo que el velo negro infundía en los demás. Cuando los enviados regresaron sin haber conseguido una explicación, incluso sin haberse atrevido a exigirla, ella, con la serena energía de su carácter, se resolvió a disipar la nube cada vez más sombría que parecía envolver al Sr. Hooper. Por ser su prometida debería tener el privilegio de saber qué ocultaba el velo negro. En la primera visita del pastor, por consiguiente, tocó el tema con una franca sencillez que facilitó la tarea para ambos. Después que él tomó asiento, fijó resueltamente la vista sobre el velo pero no pudo discernir nada de la tenebrosidad que tanto intimidaba a las gentes: era simplemente un doble pliegue de crespón que le caía de la frente hasta la boca y que se agitaba un poco con su respiración.

–No –dijo ella en voz alta y sonriendo–, no hay nada horrible en este trozo de crespón, excepto que esconde una cara que me gusta ver siempre. Vamos, buen señor, deja que el sol alumbre detrás de la nube. Primero aparta el velo negro, luego cuéntame por qué te lo pusiste.

La sonrisa del Sr. Hooper refulgió débilmente.

–Ha de venir la hora –dijo– cuando todos nos despojaremos de nuestros velos. No lo tomes a mal, amada amiga, si hasta entonces llevo puesto este pedazo de crespón.

–Tus palabras son también un misterio –replicó la joven–. Quita el velo de ellas, por lo menos.

–Lo haré, Elizabeth –dijo él–, hasta donde mi voto lo permita. Has de saber, entonces, que este velo es emblema y es símbolo, y que estoy resuelto a llevarlo por siempre, tanto en la luz como en la oscuridad, en soledad y ante la mirada de la muchedumbre, y tanto frente a los extraños como frente a los amigos más cercanos. Ningún ojo mortal lo verá descorrerse. Es preciso que esta lúgubre sombra me separe del mundo. Ni siquiera tú misma, Elizabeth, podrás penetrarlo.

–¿Qué lastimosa pena te ha sobrevenido –preguntó ella con gravedad–, para que de este modo tengas que oscurecer tus ojos para siempre?

–De ser una señal de duelo –respondió el Sr. Hooper–, yo, quizá, como la mayoría de los mortales, tenga aflicciones lo suficientemente oscuras como para simbolizarlas mediante un velo negro.

–Pero, ¿y si el mundo no cree que se trate del símbolo de una pena inocente? –insistió Elizabeth–. Amado y respetado como eres, pueden correr rumores de que escondes la cara bajo la gravedad del pecado secreto. ¡Por consideración a tu sagrado ministerio, termina ya con este escándalo!

Las mejillas de la muchacha se encendieron cuando le dio a entender la naturaleza de las murmuraciones que circulaban por el pueblo. Pero la mansedumbre no abandonó al Sr. Hooper. Hasta sonrió otra vez, con la misma sonrisa pesarosa que aparecía siempre como un tenue parpadeo de luz procedente de la oscuridad que había tras el velo.

–Si oculto mi cara por causa de una pena, hay razón suficiente –se limitó a replicar–. Y si la oculto por un pecado secreto, ¿qué mortal no podría hacer lo mismo?

Y con tal gentil pero invencible terquedad se resistió a todas sus súplicas. Elizabeth terminó por reducirse al silencio. Por un rato pareció sumida en reflexiones, meditando, es probable, en otros métodos que podía ensayar para apartar a su enamorado del funesto capricho; el cual, si no tenía otro significado, era tal vez síntoma de enfermedad mental. Y aunque su carácter era más firme que el de él, las lágrimas rodaron por su piel. Pero, de pronto, por decirlo así, un nuevo sentimiento sustituyó al pesar: sin darse cuenta había fijado los ojos en el velo negro cuando, como un repentino crepúsculo en el aire, sus terrores cayeron sobre ella, envolviéndola. Se puso en pie, temblando y sin dejar de mirarlo.

–¿Por fin ahora tú también lo sientes? –dijo él tristemente.

Ella no respondió, pero se cubrió los ojos con la mano y dio media vuelta, dispuesta a abandonar la habitación. El se precipitó a cogerla del brazo.

–Ten paciencia conmigo, Elizabeth –exclamó apasionadamente–. No me dejes, aunque este velo deba interponerse entre nosotros aquí en la tierra. Sé mía, y en un futuro no habrá velo alguno en mi cara, oscuridad alguna entre nuestras almas. No es más que un velo mortal, no es para la eternidad. ¡Ay!, ¡no sabes cuán solo estoy y qué tan asustado de quedarme abandonado detrás de mi velo negro! ¡No me dejes por siempre en esta miserable oscuridad!

–Alza una sola vez el velo y mírame a la cara –dijo ella.

–¡Nunca! ¡No puede ser! –respondió el Sr. Hooper.

–Entonces, ¡adiós! –dijo Elizabeth.

Liberó su brazo y partió lentamente, deteniéndose en la puerta para lanzarle una mirada estremecida y larga que parecía casi penetrar el misterio del velo. Pero aun en medio del dolor el Sr. Hooper sonreía al pensar que tan sólo un emblema material lo había separado de la felicidad; aunque los horrores que éste proyectaba tenían que interponerse como una cortina de tinieblas hasta entre los más tiernos amantes.

Desde aquel día nadie más intentó eliminar el velo del Sr. Hooper o, mediante petición directa, descubrir el presunto secreto que escondía. Quienes proclamaban estar por encima de los prejuicios populares lo consideraban tan sólo un capricho excéntrico, similar a los que a menudo se entremezclan con las sobrias acciones de hombres por lo demás normales y los tiñen a todos de su propia apariencia de locura. Pero para la mayoría el buen Sr. Hooper era un espantajo sin remedio. No podía andar las calles en paz, tanto sabía que los mansos y los tímidos lo esquivarían y que los demás probarían ser audaces poniéndosele en el camino. La impertinencia de estos últimos lo obligó a renunciar a su paseo vespertino hasta el cementerio, pues cuando se recostaba pensativo en la verja de la entrada siempre asomaban caras tras las lápidas, espiando el velo negro. Corrió de boca en boca la fábula de que la incansable mirada del los muertos lo arrastraba hacia ese lugar. Lo apenaba hasta el fondo de su bondadoso corazón ver cómo escapaban los niños cuando se les acercaba, interrumpiendo los juegos más alegres en cuanto divisaban a lo lejos su silueta. Más que cualquier otra cosa, este miedo instintivo ahondaba su sentimiento íntimo de que un horror sobrenatural se hallaba entreverado en el tejido de crespón negro. En realidad, era cosa sabida que su propia antipatía por el velo era tan intensa que nunca pasaba voluntariamente frente a un espejo, ni se detenía a beber de una fuente tranquila, no fuera a ser que en su fondo quieto se aterrorizara a sí mismo. Esto era lo que hacía tan plausibles los rumores de que la conciencia del Sr. Hooper vivía atormentada por un crimen demasiado atroz como para ser ocultado del todo o insinuado en una forma menos vaga. Así, desde detrás del velo negros urgía una nube que opacaba la luz, una ambigüedad de pecado y dolor que envolvía al pobre ministro, de modo que el amor o la conmiseración nunca podían alcanzarlo. Se decía que fantasma y demonio se reunían con él allí adentro. Se mantenía bajo esta penumbra en medio de estremecimientos íntimos y terrores externos, buscando a tientas en su propia alma o extendiendo la vista a través de un medio que entristecía el mundo entero. Hasta el viento sin ley, se creía, respetaba su espantoso secreto y jamás corría el velo. Y, no obstante, al pasar de largo el buen Sr. Hooper seguía sonriendo melancólicamente a los pálidos rostros de la legión terrestre.

Al lado de estos fatídicos influjos el velo negro producía un único efecto deseable: hacía de su portador un clérigo eficientísimo. Gracias a este misterioso emblema –pues no había otra causa aparente– llegó a tener un tremendo poder sobre las almas sumidas en la agonía del pecado. Sus conversos lo miraban con un pavor que les era peculiar, afirmando, aunque en sentido figurado, que antes de que los condujera al reino de la luz habían estado con él detrás del velo negro. En efecto, sus sombras lo hacían apto para compadecerse de toda oscura afección. Los pecadores en trance de muerte clamaban por el Sr. Hooper y no exhalaban el último suspiro hasta que aparecía; aunque siempre, cuando él se agachaba a susurrarles palabras de consuelo, temblaban de ver aquel rostro velado tan próximo a los suyos. ¡Tales eran los terrores del velo negro, incluso cuando la Muerte desnudaba su propio semblante! Los forasteros recorrían grandes distancias para asistir a los oficios en su iglesia, con el simple propósito ocioso de observar su figura puesto que les estaba vedado contemplarle la cara. ¡Pero muchos hubieron de temblar antes de irse! Una vez, durante la administración del gobernador Belcher(2), el Sr. Hooper fue designado para pronunciar el sermón de toma de posesión. Cubierto con el velo negro, ante el primer magistrado, el consejo y los representantes, causó una impresión tan profunda que las medidas legislativas de aquel año ostentaron la adustez y la piedad que caracterizaron a nuestros más antiguos gobiernos ancestrales(3).

De esta manera el Sr. Hooper vivió una larga vida, irreprochable en cuanto a sus acciones pero encubierto por un manto de siniestras sospechas; amoroso y benigno, aunque no amado y sí temido vagamente; un hombre apartado de los hombres, rehuido por éstos mientras gozaban de salud y de dicha, pero solicitado siempre en la hora de la angustia mortal. Con el paso de los años, que esparcían sus nieves por encima de aquel velo luctuoso, adquirió gran renombre en todas las parroquias de Nueva Inglaterra y comenzaron a llamarlo "padre Hooper". Casi todos los feligreses que eran adultos cuando se estableció en el pueblo habían sido conducidos a la tumba en más de un funeral. Tenía una congregación en el templo y otra aún más numerosa en el cementerio. Y habiendo trabajado hasta tan altas horas de la noche y cumplido tan bien con su trabajo, ahora le tocaba descansar al buen padre Hooper.

Bajo la luz amortiguada de las velas se distinguían varias personas en la alcoba mortuoria del anciano clérigo. Carecía de parentela natural. Pero allí estaba el médico, decorosamente serio aunque no conmovido, buscando únicamente mitigar los últimos tormentos de ese paciente que no podía curar. Allí estaban los diáconos y otros eminentes hombres píos de su Iglesia. Allí también estaba el reverendo Sr. Clark, de Westbury, un joven y fervoroso clérigo que había cabalgado al galope para orar ante el lecho del ministro agonizante. Y allí estaba la enfermera, no una ayudante contratada para los menesteres de la muerte, sino alguien cuyo tranquilo afecto había perdurado en secreto y soledad durante todo este tiempo, había prevalecido sobre el hielo de los años y ya no iría a perecer, ni siquiera en la hora final. ¡Quién, si no Elizabeth! Y allí yacía hundida en la almohada la cabeza blanca del buen padre Hooper, el velo negro todavía arrollado en la frente y extendido sobre la cara, de modo que sus jadeos, cada vez más difíciles, lo solevantaban débilmente. Toda su vida aquel trozo de crespón había colgado entre él y el mundo, lo había separado de la fraternidad cordial y del amor de la mujer y lo había confinado en la cárcel más triste, la de su propio corazón; y todavía reposaba en su cara, como para enlutar más la penumbra de su alcoba y ensombrecerle la luz eterna.

Un rato antes su mente había estado desvariando, vacilando dudosa entre el pasado y el presente y, por así decirlo, flotando a intervalos hacia el borroso mundo venidero. Lo habían asaltado accesos febriles que lo sacudieron de un lado a otro y disiparon las menguadas fuerzas que le quedaban. Pero en los más convulsivos forcejeos y en los más alocados delirios de la mente, cuando ningún otro pensamiento conservaba su sensata influencia, todavía mostraba una impresionante solicitud por que el velo negro no fuera a deslizarse de su cara. Y aun cuando su alma confusa lo hubiera olvidado, a su cabecera se encontraba una fiel mujer que, apartando la mirada, habría cubierto ese rostro envejecido que por última vez viera en la apostura de la madurez. Por fin, aquel anciano en trance de muerte descansó tranquilo en el letargo del agotamiento físico y mental, el pulso imperceptible y la respiración más débil por momentos, excepto cuando una inspiración larga, profunda y espasmódica parecía preludiar la fuga de su espíritu. El pastor de Westbury se acercó a la cama.

–Venerable padre Hooper –dijo–: se aproxima el momento de su liberación. ¿Está usted preparado para alzar el velo que separa el tiempo de la eternidad?

Al principio, el padre Hooper respondió simplemente con un débil movimiento de cabeza. Luego, receloso quizá de que el gesto fuera mal entendido, hizo un esfuerzo para hablar.

–Sí –dijo con voz apagada–, mi alma fatigada espera con paciencia que se levante el velo.

–¿Y cree que está bien –prosiguió el reverendo Clark– que un hombre tan entregado a la oración, de ejemplo intachable, santo en pensamiento y obra, hasta donde puede afirmarlo el juicio humano; cree que está bien que un padre de la Iglesia deje en su memoria una mancha que parecería empañar una vida tan pura? ¡Se lo suplico, mi venerable hermano, no consienta que tal cosa suceda! Déjenos alegrarnos de su aspecto triunfal mientras se encamina a recibir su recompensa. Antes de que se alce el velo de la eternidad, permítame que corra de su cara el velo negro.

Y con estas palabras, el reverendo Clark se inclinó para revelar el misterio de tantos años. Pero, desplegando una energía repentina que dejó estupefactos a todos los presentes, el padre Hooper sacó las manos de debajo de las sábanas y las apretó con fuerza contra el velo negro, resuelto a oponer resistencia si el pastor de Westbury tenía intenciones de luchar con un agonizante.

–¡Jamás! –gritó el velado clérigo–. ¡En la tierra, jamás!

–¡Tétrico anciano! –exclamó aterrado el reverendo Clark–. ¿Con qué crimen horrible en el alma se presenta al Juicio?

El padre Hooper respiraba trabajosamente, produciendo un estertor en su garganta; pero, con un esfuerzo poderoso, tentando el aire con las manos, se aferró a la vida y la retuvo hasta poder hablar. Incluso se enderezó en la cama; y así permaneció, tiritando en los brazos de la muerte, mientras colgaba el velo negro, horrible en este último momento, con los terrores acumulados en toda una vida. Y, sin embargo, la sonrisa leve y triste que con tanta frecuencia asomó allí pareció entonces titilar desde sus sombras y demorarse en los labios del padre Hooper.

–¿Por qué tiemblan sólo por mí? –exclamó, moviendo su cabeza velada alrededor del lívido círculo de espectadores–. ¡Temblad también unos por otros! ¿Me han esquivado los hombres, las mujeres no me han tenido compasión y han llorado y huido los niños sólo a causa de mi velo negro? ¿Qué, si no el misterio que enigmáticamente simboliza, ha hecho tan terrible este trozo de crespón? Cuando el amigo muestre lo más profundo de su corazón al amigo, y el enamorado a la bienamada; cuando el hombre no trate en vano de escapar a la mirada del Creador, atesorando repugnantemente el secreto de su pecado; entonces, sólo entonces, considérenme un monstruo debido al símbolo bajo el cual he vivido... y muero. Miro a mi alrededor y ¡ay! en cada rostro veo un velo negro.

Mientras quienes lo oyeron se evitaban, presos de un miedo mutuo, el padre Hooper se desplomó de nuevo en la almohada, un cadáver con velo y una tenue sonrisa dibujada en los labios. Todavía velado lo acomodaron en la caja y cadáver velado fue llevado al sepulcro. La hierba de numerosos años ha brotado y se ha marchitado en esta tumba, el musgo ha invadido la lápida y el rostro del buen Sr. Hooper es ya polvo. Pero sigue siendo espantoso pensar que se desmoronó bajo aquel Velo Negro.

(*) Otro clérigo de Nueva Inglaterra, Joseph Moody, de York, Maine, muerto hace unos ochenta años, fue famoso por la misma excentricidad que se relata aquí del reverendo Sr. Hooper. En su caso, sin embargo, el símbolo tenía un significado diferente. En la juventud había matado por accidente a un amigo entrañable; y desde ese día hasta la hora de su propia muerte escondió su rostro de la raza humana. (Nota del autor.)

(1) Se trata de una referencia a otro relato del autor, "The Wedding Knell", publicado junto con esta historia en 1836.

(2) Belcher fue gobernador de Massachusetts entre 1730 y 1741.

(3) Alude a los gobiernos puritanos de las primeras colonias inglesas en Norteamérica.


Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *El holocausto del mundo*, por Nathaniel Hawthorne. Se reproduce aquí por gentileza de Tesis Norma.



egro

stor

per sobre el misterio, antes de que se convirtiera en un escándalo. Jamás una embajada desempeñó tan torpemente sus funciones. El pastor los recibió con amistosa cortesía, pero permaneció callado una vez se sentaron, dejando a los visitantes todo el peso de presentar el importante asunto que los había traído. El tema, podía suponerse, era bastante obvio. Ahí estaba el velo negro, ceñido a la frente del Sr. Hooper y cubriéndole todas las facciones por encima de la boca apacible, en la que a ratos podían percibir el centelleo de una sonrisa melancólica. En la imaginación les parecía que aquella gasa colgaba frente al corazón del ministro, símbolo de un terrible secreto que se interponía entre él y ellos. Si apartara el velo podrían hablar de él con libertad, pero sólo en tal caso. Así permanecieron sentados durante largo rato, mudos, confundidos y retrayéndose incómodos de los ojos del Sr. Hooper, que sentían fijos en ellos con una mirada invisible. Finalmente los delegados regresaron avergonzados ante sus electores y declararon el asunto demasiado grave para su competencia, por lo que debería ser tratado sólo por un concilio de las iglesias, si es que no requería de un sínodo general.

Pero en el pueblo había una persona que no se había visto afectada por el miedo que el velo negro infundía en los demás. Cuando los enviados regresaron sin haber conseguido una explicación, incluso sin haberse atrevido a exigirla, ella, con la serena energía de su carácter, se resolvió a disipar la nube cada vez más sombría que parecía envolver al Sr. Hooper. Por ser su prometida debería tener el privilegio de saber qué ocultaba el velo negro. En la primera visita del pastor, por consiguiente, tocó el tema con una franca sencillez que facilitó la tarea para ambos. Después que él tomó asiento, fijó resueltamente la vista sobre el velo pero no pudo discernir nada de la tenebrosidad que tanto intimidaba a las gentes: era simplemente un doble pliegue de crespón que le caía de la frente hasta la boca y que se agitaba un poco con su respiración.

–No –dijo ella en voz alta y sonriendo–, no hay nada horrible en este trozo de crespón, excepto que esconde una cara que me gusta ver siempre. Vamos, buen señor, deja que el sol alumbre detrás de la nube. Primero aparta el velo negro, luego cuéntame por qué te lo pusiste.

La sonrisa del Sr. Hooper refulgió débilmente.

–Ha de venir la hora –dijo– cuando todos nos despojaremos de nuestros velos. No lo tomes a mal, amada amiga, si hasta entonces llevo puesto este pedazo de crespón.

–Tus palabras son también un misterio –replicó la joven–. Quita el velo de ellas, por lo menos.

–Lo haré, Elizabeth –dijo él–, hasta donde mi voto lo permita. Has de saber, entonces, que este velo es emblema y es símbolo, y que estoy resuelto a llevarlo por siempre, tanto en la luz como en la oscuridad, en soledad y ante la mirada de la muchedumbre, y tanto frente a los extraños como frente a los amigos más cercanos. Ningún ojo mortal lo verá descorrerse. Es preciso que esta lúgubre sombra me separe del mundo. Ni siquiera tú misma, Elizabeth, podrás penetrarlo.

–¿Qué lastimosa pena te ha sobrevenido –preguntó ella con gravedad–, para que de este modo tengas que oscurecer tus ojos para siempre?

–De ser una señal de duelo –respondió el Sr. Hooper–, yo, quizá, como la mayoría de los mortales, tenga aflicciones lo suficientemente oscuras como para simbolizarlas mediante un velo negro.

–Pero, ¿y si el mundo no cree que se trate del símbolo de una pena inocente? –insistió Elizabeth–. Amado y respetado como eres, pueden correr rumores de que escondes la cara bajo la gravedad del pecado secreto. ¡Por consideración a tu sagrado ministerio, termina ya con este escándalo!

Las mejillas de la muchacha se encendieron cuando le dio a entender la naturaleza de las murmuraciones que circulaban por el pueblo. Pero la mansedumbre no abandonó al Sr. Hooper. Hasta sonrió otra vez, con la misma sonrisa pesarosa que aparecía siempre como un tenue parpadeo de luz procedente de la oscuridad que había tras el velo.

–Si oculto mi cara por causa de una pena, hay razón suficiente –se limitó a replicar–. Y si la oculto por un pecado secreto, ¿qué mortal no podría hacer lo mismo?

Y con tal gentil pero invencible terquedad se resistió a todas sus súplicas. Elizabeth terminó por reducirse al silencio. Por un rato pareció sumida en reflexiones, meditando, es probable, en otros métodos que podía ensayar para apartar a su enamorado del funesto capricho; el cual, si no tenía otro significado, era tal vez síntoma de enfermedad mental. Y aunque su carácter era más firme que el de él, las lágrimas rodaron por su piel. Pero, de pronto, por decirlo así, un nuevo sentimiento sustituyó al pesar: sin darse cuenta había fijado los ojos en el velo negro cuando, como un repentino crepúsculo en el aire, sus terrores cayeron sobre ella, envolviéndola. Se puso en pie, temblando y sin dejar de mirarlo.

–¿Por fin ahora tú también lo sientes? –dijo él tristemente.

Ella no respondió, pero se cubrió los ojos con la mano y dio media vuelta, dispuesta a abandonar la habitación. El se precipitó a cogerla del brazo.

–Ten paciencia conmigo, Elizabeth –exclamó apasionadamente–. No me dejes, aunque este velo deba interponerse entre nosotros aquí en la tierra. Sé mía, y en un futuro no habrá velo alguno en mi cara, oscuridad alguna entre nuestras almas. No es más que un velo mortal, no es para la eternidad. ¡Ay!, ¡no sabes cuán solo estoy y qué tan asustado de quedarme abandonado detrás de mi velo negro! ¡No me dejes por siempre en esta miserable oscuridad!

–Alza una sola vez el velo y mírame a la cara –dijo ella.

–¡Nunca! ¡No puede ser! –respondió el Sr. Hooper.

–Entonces, ¡adiós! –dijo Elizabeth.

Liberó su brazo y partió lentamente, deteniéndose en la puerta para lanzarle una mirada estremecida y larga que parecía casi penetrar el misterio del velo. Pero aun en medio del dolor el Sr. Hooper sonreía al pensar que tan sólo un emblema material lo había separado de la felicidad; aunque los horrores que éste proyectaba tenían que interponerse como una cortina de tinieblas hasta entre los más tiernos amantes.

Desde aquel día nadie más intentó eliminar el velo del Sr. Hooper o, mediante petición directa, descubrir el presunto secreto que escondía. Quienes proclamaban estar por encima de los prejuicios populares lo consideraban tan sólo un capricho excéntrico, similar a los que a menudo se entremezclan con las sobrias acciones de hombres por lo demás normales y los tiñen a todos de su propia apariencia de locura. Pero para la mayoría el buen Sr. Hooper era un espantajo sin remedio. No podía andar las calles en paz, tanto sabía que los mansos y los tímidos lo esquivarían y que los demás probarían ser audaces poniéndosele en el camino. La impertinencia de estos últimos lo obligó a renunciar a su paseo vespertino hasta el cementerio, pues cuando se recostaba pensativo en la verja de la entrada siempre asomaban caras tras las lápidas, espiando el velo negro. Corrió de boca en boca la fábula de que la incansable mirada del los muertos lo arrastraba hacia ese lugar. Lo apenaba hasta el fondo de su bondadoso corazón ver cómo escapaban los niños cuando se les acercaba, interrumpiendo los juegos más alegres en cuanto divisaban a lo lejos su silueta. Más que cualquier otra cosa, este miedo instintivo ahondaba su sentimiento íntimo de que un horror sobrenatural se hallaba entreverado en el tejido de crespón negro. En realidad, era cosa sabida que su propia antipatía por el velo era tan intensa que nunca pasaba voluntariamente frente a un espejo, ni se detenía a beber de una fuente tranquila, no fuera a ser que en su fondo quieto se aterrorizara a sí mismo. Esto era lo que hacía tan plausibles los rumores de que la conciencia del Sr. Hooper vivía atormentada por un crimen demasiado atroz como para ser ocultado del todo o insinuado en una forma menos vaga. Así, desde detrás del velo negros urgía una nube que opacaba la luz, una ambigüedad de pecado y dolor que envolvía al pobre ministro, de modo que el amor o la conmiseración nunca podían alcanzarlo. Se decía que fantasma y demonio se reunían con él allí adentro. Se mantenía bajo esta penumbra en medio de estremecimientos íntimos y terrores externos, buscando a tientas en su propia alma o extendiendo la vista a través de un medio que entristecía el mundo entero. Hasta el viento sin ley, se creía, respetaba su espantoso secreto y jamás corría el velo. Y, no obstante, al pasar de largo el buen Sr. Hooper seguía sonriendo melancólicamente a los pálidos rostros de la legión terrestre.

Al lado de estos fatídicos influjos el velo negro producía un único efecto deseable: hacía de su portador un clérigo eficientísimo. Gracias a este misterioso emblema –pues no había otra causa aparente– llegó a tener un tremendo poder sobre las almas sumidas en la agonía del pecado. Sus conversos lo miraban con un pavor que les era peculiar, afirmando, aunque en sentido figurado, que antes de que los condujera al reino de la luz habían estado con él detrás del velo negro. En efecto, sus sombras lo hacían apto para compadecerse de toda oscura afección. Los pecadores en trance de muerte clamaban por el Sr. Hooper y no exhalaban el último suspiro hasta que aparecía; aunque siempre, cuando él se agachaba a susurrarles palabras de consuelo, temblaban de ver aquel rostro velado tan próximo a los suyos. ¡Tales eran los terrores del velo negro, incluso cuando la Muerte desnudaba su propio semblante! Los forasteros recorrían grandes distancias para asistir a los oficios en su iglesia, con el simple propósito ocioso de observar su figura puesto que les estaba vedado contemplarle la cara. ¡Pero muchos hubieron de temblar antes de irse! Una vez, durante la administración del gobernador Belcher(2), el Sr. Hooper fue designado para pronunciar el sermón de toma de posesión. Cubierto con el velo negro, ante el primer magistrado, el consejo y los representantes, causó una impresión tan profunda que las medidas legislativas de aquel año ostentaron la adustez y la piedad que caracterizaron a nuestros más antiguos gobiernos ancestrales(3).

De esta manera el Sr. Hooper vivió una larga vida, irreprochable en cuanto a sus acciones pero encubierto por un manto de siniestras sospechas; amoroso y benigno, aunque no amado y sí temido vagamente; un hombre apartado de los hombres, rehuido por éstos mientras gozaban de salud y de dicha, pero solicitado siempre en la hora de la angustia mortal. Con el paso de los años, que esparcían sus nieves por encima de aquel velo luctuoso, adquirió gran renombre en todas las parroquias de Nueva Inglaterra y comenzaron a llamarlo "padre Hooper". Casi todos los feligreses que eran adultos cuando se estableció en el pueblo habían sido conducidos a la tumba en más de un funeral. Tenía una congregación en el templo y otra aún más numerosa en el cementerio. Y habiendo trabajado hasta tan altas horas de la noche y cumplido tan bien con su trabajo, ahora le tocaba descansar al buen padre Hooper.

Bajo la luz amortiguada de las velas se distinguían varias personas en la alcoba mortuoria del anciano clérigo. Carecía de parentela natural. Pero allí estaba el médico, decorosamente serio aunque no conmovido, buscando únicamente mitigar los últimos tormentos de ese paciente que no podía curar. Allí estaban los diáconos y otros eminentes hombres píos de su Iglesia. Allí también estaba el reverendo Sr. Clark, de Westbury, un joven y fervoroso clérigo que había cabalgado al galope para orar ante el lecho del ministro agonizante. Y allí estaba la enfermera, no una ayudante contratada para los menesteres de la muerte, sino alguien cuyo tranquilo afecto había perdurado en secreto y soledad durante todo este tiempo, había prevalecido sobre el hielo de los años y ya no iría a perecer, ni siquiera en la hora final. ¡Quién, si no Elizabeth! Y allí yacía hundida en la almohada la cabeza blanca del buen padre Hooper, el velo negro todavía arrollado en la frente y extendido sobre la cara, de modo que sus jadeos, cada vez más difíciles, lo solevantaban débilmente. Toda su vida aquel trozo de crespón había colgado entre él y el mundo, lo había separado de la fraternidad cordial y del amor de la mujer y lo había confinado en la cárcel más triste, la de su propio corazón; y todavía reposaba en su cara, como para enlutar más la penumbra de su alcoba y ensombrecerle la luz eterna.

Un rato antes su mente había estado desvariando, vacilando dudosa entre el pasado y el presente y, por así decirlo, flotando a intervalos hacia el borroso mundo venidero. Lo habían asaltado accesos febriles que lo sacudieron de un lado a otro y disiparon las menguadas fuerzas que le quedaban. Pero en los más convulsivos forcejeos y en los más alocados delirios de la mente, cuando ningún otro pensamiento conservaba su sensata influencia, todavía mostraba una impresionante solicitud por que el velo negro no fuera a deslizarse de su cara. Y aun cuando su alma confusa lo hubiera olvidado, a su cabecera se encontraba una fiel mujer que, apartando la mirada, habría cubierto ese rostro envejecido que por última vez viera en la apostura de la madurez. Por fin, aquel anciano en trance de muerte descansó tranquilo en el letargo del agotamiento físico y mental, el pulso imperceptible y la respiración más débil por momentos, excepto cuando una inspiración larga, profunda y espasmódica parecía preludiar la fuga de su espíritu. El pastor de Westbury se acercó a la cama.

–Venerable padre Hooper –dijo–: se aproxima el momento de su liberación. ¿Está usted preparado para alzar el velo que separa el tiempo de la eternidad?

Al principio, el padre Hooper respondió simplemente con un débil movimiento de cabeza. Luego, receloso quizá de que el gesto fuera mal entendido, hizo un esfuerzo para hablar.

–Sí –dijo con voz apagada–, mi alma fatigada espera con paciencia que se levante el velo.

–¿Y cree que está bien –prosiguió el reverendo Clark– que un hombre tan entregado a la oración, de ejemplo intachable, santo en pensamiento y obra, hasta donde puede afirmarlo el juicio humano; cree que está bien que un padre de la Iglesia deje en su memoria una mancha que pareciera empañar una vida tan pura? ¡Se lo suplico, mi venerable hermano, no consienta que tal cosa suceda! Déjenos alegrarnos de su aspecto triunfal mientras se encamina a recibir su recompensa. Antes de que se alce el velo de la eternidad, permítame que corra de su cara el velo negro.

Y con estas palabras, el reverendo Clark se inclinó para revelar el misterio de tantos años. Pero, desplegando una energía repentina que dejó estupefactos a todos los presentes, el padre Hooper sacó las manos de debajo de las sábanas y las apretó con fuerza contra el velo negro, resuelto a oponer resistencia si el pastor de Westbury tenía intenciones de luchar con un agonizante.

–¡Jamás! –gritó el velado clérigo–. ¡En la tierra, jamás!

–¡Tétrico anciano! –exclamó aterrado el reverendo Clark–. ¿Con qué crimen horrible en el alma se presenta al Juicio?

El padre Hooper respiraba trabajosamente, produciendo un estertor en su garganta; pero, con un esfuerzo poderoso, tentando el aire con las manos, se aferró a la vida y la retuvo hasta poder hablar. Incluso se enderezó en la cama; y así permaneció, tiritando en los brazos de la muerte, mientras colgaba el velo negro, horrible en este último momento, con los terrores acumulados en toda una vida. Y, sin embargo, la sonrisa leve y triste que con tanta frecuencia asomó allí pareció entonces titilar desde sus sombras y demorarse en los labios del padre Hooper.

–¿Por qué tiemblan sólo por mí? –exclamó, moviendo su cabeza velada alrededor del lívido círculo de espectadores–. ¡Temblad también unos por otros! ¿Me han esquivado los hombres, las mujeres no me han tenido compasión y han llorado y huido los niños sólo a causa de mi velo negro? ¿Qué, si no el misterio que enigmáticamente simboliza, ha hecho tan terrible este trozo de crespón? Cuando el amigo muestre lo más profundo de su corazón al amigo, y el enamorado a la bienamada; cuando el hombre no trate en vano de escapar a la mirada del Creador, atesorando repugnantemente el secreto de su pecado; entonces, sólo entonces, considérenme un monstruo debido al símbolo bajo el cual he vivido... y muero. Miro a mi alrededor y ¡ay! en cada rostro veo un velo negro.

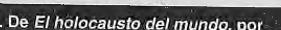
Mientras quienes lo oyeron se evitaban, presos de un miedo mutuo, el padre Hooper se desplomó de nuevo en la almohada, un cadáver con velo y una tenue sonrisa dibujada en los labios. Todavía velado lo acomodaron en la caja y cadáver velado fue llevado al sepulcro. La hierba de numerosos años ha brotado y se ha marchitado en esta tumba, el musgo ha invadido la lápida y el rostro del buen Sr. Hooper es ya polvo. Pero sigue siendo espantoso pensar que se desmoronó bajo aquel Velo Negro.

(*) Otro clérigo de Nueva Inglaterra, Joseph Moody, de York, Maine, muerto hace unos ochenta años, fue famoso por la misma excentricidad que se relata aquí del reverendo Sr. Hooper. En su caso, sin embargo, el símbolo tenía un significado diferente. En la juventud había matado por accidente a un amigo entrañable; y desde ese día hasta la hora de su propia muerte escondió su rostro de la raza humana. (Nota del autor.)

(1) Se trata de una referencia a otro relato del autor, "The Wedding Knell", publicado junto con esta historia en 1836.

(2) Belcher fue gobernador de Massachusetts entre 1730 y 1741.

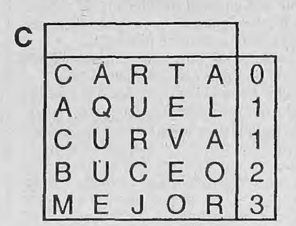
(3) Alude a los gobiernos puritanos de las primeras colonias inglesas en Norteamérica.


. De *El holocausto del mundo*, por

PALABRA OCULTA

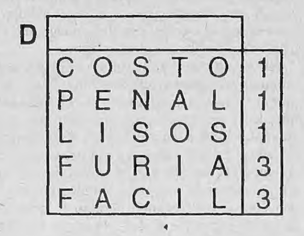
Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A



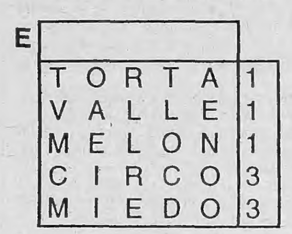
B O L S A	1
S U E L O	1
C L A V E	2
C A R N E	3
T A L L O	3

B



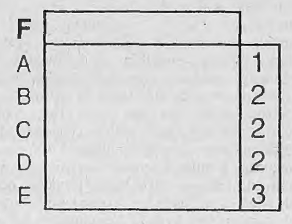
J A M O N	1
Q U E S O	1
G R I T O	2
P A S A R	3
P I S T A	3

C



C A R T A	0
A Q U E L	1
C U R V A	1
B U C E O	2
M E J O R	3

D



C O S T O	1
P E N A L	1
L I S O S	1
F U R I A	3
F A C I L	3

E

T O R T A	1
V A L L E	1
M E L O N	1
C I R C O	3
M I E D O	3

F

A		1
B		2
C		2
D		2
E		3

INDOMINO

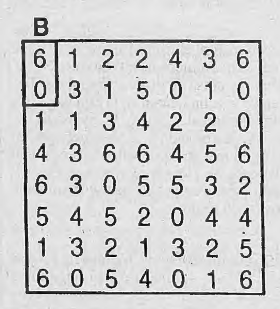
Con las 28 fichas de un juego completo de dominó hicimos los tableros A y B. Los valores de las fichas se escribieron con números en vez de hacerlo con los clásicos puntitos, y faltan casi todas las líneas de separación entre fichas. Deduzca, para cada tablero, dónde está cada una de las 28 fichas. A medida que las vaya determinando, táchelas de la lista que acompaña a cada tablero. (El juego se resuelve por búsqueda sistemática y atajos sagaces. Si, por ejemplo, 3 y 5 son vecinos en un único sitio del tablero, allí tendrá determinada la ficha 3-5. Si hay varias colocaciones posibles para una ficha, su determinación se hará como consecuencia de otros hallazgos.)

A

2	3	6	2	1	5	3
5	4	5	4	1	6	6
0	2	0	1	0	3	5
1	3	3	6	2	6	0
2	6	1	0	2	4	1
4	4	5	6	1	4	3
3	5	1	2	0	2	5
4	5	3	6	4	0	0

0 0
0 1 · 1 1
0 2 · 1 2 · 2 2
0 3 · 1 3 · 2 3 · 3 3
0 4 · 1 4 · 2 4 · 3 4 · 4 4
0 5 · 1 5 · 2 5 · 3 5 · 4 5 · 5 5
~~0 6~~ · 1 6 · 2 6 · 3 6 · 4 6 · 5 6 · 6 6

B

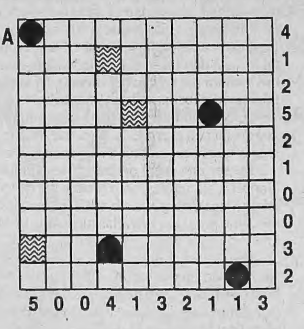


6	1	2	2	4	3	6
0	3	1	5	0	1	0
1	1	3	4	2	2	0
4	3	6	6	4	5	6
6	3	0	5	5	3	2
5	4	5	2	0	4	4
1	3	2	1	3	2	5
6	0	5	4	0	1	6

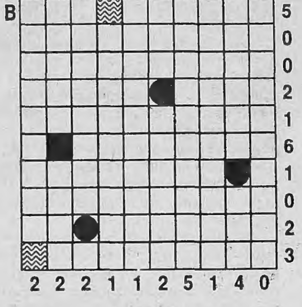
0 0
0 1 · 1 1
0 2 · 1 2 · 2 2
0 3 · 1 3 · 2 3 · 3 3
0 4 · 1 4 · 2 4 · 3 4 · 4 4
0 5 · 1 5 · 2 5 · 3 5 · 4 5 · 5 5
~~0 6~~ · 1 6 · 2 6 · 3 6 · 4 6 · 5 6 · 6 6

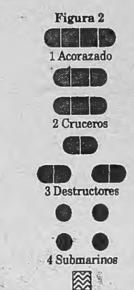
BATALLA NAVAL

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.

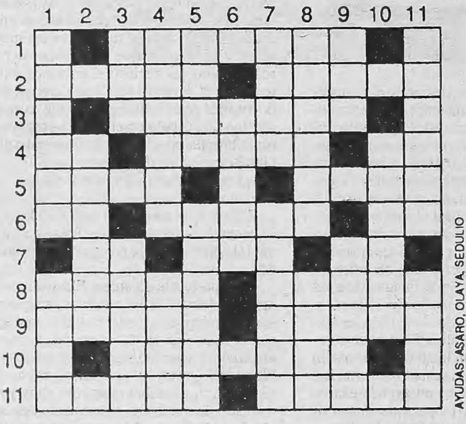








CRUCIGRAMA



AYUDAS: ASARO, OLAYA, SEDULIO

HORIZONTALES

1. Reiterás.
2. Planta aristoloquiácea./ Monumento para ofrecer sacrificios.
3. Escritor cristiano que murió en el siglo V.
4. Siglas de una importante agencia de noticias estadounidense./ (Fig.) Embrollo, desorden./ Electrón-volt.
5. (Salvador) Pintor español nacido en 1904./ Letra griega.
6. Preposición inseparable./ Acido./ Prefijo privativo.
7. Nota musical./ Gorra militar con visera./ Aumentativo.
8. Continué./ Bebida alcohólica.
9. Tomaré con la mano./ Da forma de óvalo.
10. Carrera entre lanchas o embarcaciones ligeras (pl.).
11. Municipio de Colombia, en Antioquía./ Disgusta, irrita.

VERTICALES

1. Potaje de alubias y tocino./ Poetisa griega, nacida en Lesbos.
2. Progenitores.
3. Igualdad de nivel./ Ciudad de la antigua Grecia.
4. Lepidóptero de la familia de los papiliónidos./ (Harold Clayton) Químico estadounidense.
5. Corte ramas./ Natural de Grecia (fem.).
6. Rodillo de los pasteleros.
7. Corte árboles por los troncos./ Isla pequeña.
8. Cuerpo metálico simple descubierto en 1926./ Nombre de varios zares de Rusia.
9. Abreviatura de santo./ Poniente.
10. Alcohol etílico.
11. Capital de Armenia./ Río de Hungría.

Soluciones del número anterior

CUBILETE

1	3	5	2	4
3	4	1	2	6
6	2	3	2	6
5	6	4	2	3
6	5	6	2	5

CRUCIGRAMA CON PISTAS

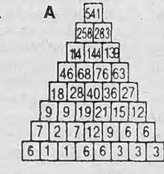
J	U	B	I	L	O
A	L	A	■	I	R
R	E	L	A	T	A
A	M	A	S	E	S
N	A	D	A	R	E
A	S	I	R	A	S

NUMERO OCULTO

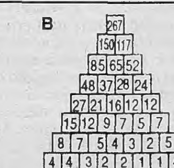
A. 1095.
B. 8406.
C. 9415.
D. 9318.

PIRAMIDES NUMERICAS

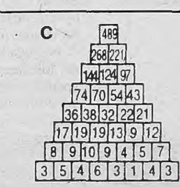
A



B



C



D

